

CAPÍTULO 1

LA AUTORIDAD FINAL: ¿LA ESCRITURA O LA EXPERIENCIA?

¿Cuál es la autoridad final con la cual el cristiano debe juzgarlo todo—su fe, sus creencias, su vida y todo lo demás que lo rodea en este mundo? ¿Es la Escritura o la experiencia del individuo (que incluye su parecer, sentimientos, opinión, etc.)? Hoy en día los comentarios abundan sobre este asunto. Uno sólo tiene hablar del tema y escuchará comentarios como estos: “A mí no me importa lo que la Biblia dice, yo sé lo que me pasó”, “Yo no leo la Biblia porque Dios se comunica conmigo personalmente” o “Eso es su interpretación; yo lo entiendo de una manera diferente”. ¿Cómo podemos entender todo esto y saber cuál es la autoridad final para los que nos llamamos cristianos—seguidores de Cristo Jesús? Hay dos pasajes que nos ayudarán a entenderlo y el primero es una declaración de nuestro Señor.

Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. [Mat 6.24]

Mateo 6.24 es muy claro en que dice que el ser humano no puede servir a dos señores—a dos autoridades finales. Cada uno escogerá servirle o al uno o al otro. En el contexto, Cristo está hablando de los dos “señores” de Dios y las riquezas (el dinero y todo lo que se puede adquirir con él). Sus palabras forman una declaración de autoridad final porque o serviremos a Dios (aborreciendo las riquezas) o serviremos nuestros propios deseos amontonando riquezas (y aborreciendo la autoridad de Dios en nuestras vidas). ¿Quién (o qué) será la autoridad final, entonces—Dios u otra cosa que nos parece mejor? Esta es la pregunta que tenemos que hacernos, especialmente si queremos abarcar un estudio como este sobre el movimiento Pentecostal. Para ver la gravedad de este asunto, veámoslo a la luz de los dos mandamientos primordiales—el primer mandamiento y también el grande. En la ley de Dios, el primer mandamiento dice así:

No tendrás dioses ajenos delante de mí. [Exod 20.3]

Además de este primer mandamiento, Cristo dijo que el gran mandamiento, el que sobrepasa todos los demás, era el de amar a nuestro Padre Celestial (que es realmente una expresión del primer mandamiento arriba).

Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. [Mat 22.36-37]

Los dos mandamientos primordiales se tratan de la autoridad final en la vida del que dice que es creyente. Si hay otra autoridad encima de Dios, lo que sea que haya en Su lugar es un dios falso porque está mandando en la vida del creyente en vez del Señor. Si uno dice que ama a Dios (según el gran mandamiento), pero no guarda Su Palabra como la autoridad final, es un mentiroso. Dios no es el dios su vida.

El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. [1Jn 2.4-5]

Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. [1Jn 5.3]

Así que, el asunto de la autoridad final es de suma importancia porque de esto depende todo lo demás.

Esto nos lleva, entonces, al segundo pasaje clave y este destaca la autoridad de la Escritura sobre cualquier experiencia que al hombre le podría pasar.

18 Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.

19 Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones;

20 entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada,

21 porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. [2Ped 1.18-21]

Igual que Cristo en Mateo 6.24, el Apóstol Pedro habla de dos “señores” también—dos fuentes de autoridad para el creyente. Primero, en el versículo 18, él menciona su propia experiencia en el monte de la transfiguración (Mat 17.1-8). Dice que él, Juan y Jacobo oyeron la voz audible de Dios el Padre, y sabemos por lo que Mateo 17 dice que también vieron a Cristo en Su gloria, resplandeciente como el sol. Si nos ponemos a analizar el pasaje, llegamos a la conclusión de que Dios les dio a los tres un vistazo a la segunda venida de Cristo, cuando Él volverá en Su gloria. ¡Qué experiencia!

Sin embargo, en el versículo 19, Pedro dice que tiene una autoridad “más segura”. ¿Más segura que qué? Más segura que la voz audible de Dios, más segura que una visión de Dios y por lo tanto más segura que su propia experiencia—lo que él experimentó con sus propios ojos y oídos. ¿Qué es esta autoridad más segura que la experiencia? En el versículo 19 se llama “la palabra profética”. En el versículo 20 se llama “la Escritura”. En el versículo 21 es la profecía de la Escritura que fue inspirada por el Espíritu Santo. ¿Cómo puede ser que la Escritura (la Biblia) es más segura que aun la voz audible de nuestro Señor? Piense en el juego que los niños a menudo juegan en las escuelas cuando se ponen todos en un círculo y el maestro le dice al oído del primer niño algo que este niño tiene que decirle a su amiguito a la par. De la misma manera todos los niños pasan del uno al otro lo que el maestro le dijo susurró al primero. ¿Cómo termina el juego? Termina con todos los niños riéndose a carcajadas por tanto que el mensaje original ha cambiado. Si nuestra autoridad fuera la voz audible de Dios, tendríamos que confiar en la mente humana para preservar la palabras que Dios dijo a Su profeta (como el maestro diciéndole algo al primer niño). ¿Qué tan diferente sería el mismo juego con los niños si el maestro, en vez de decirle al primero niño el mensaje que tienen que pasar alrededor del círculo, se lo entrega por escrito en papel. Por supuesto sería mucho menos divertido, pero por lo menos el mensaje no cambiará. Esto es lo que Dios ha hecho para nosotros con la Escritura. Puesto que tenemos las palabras de Dios escritas en papel con tinta en un libro, ¡es mucho más seguro! En vez de tener que confiar en la experiencia de un “mensaje verbal”, podemos confiar el “contrato por escrito”—la Biblia. Por esto Pedro dice que la palabra profética más segura que la voz audible de Dios es la Escritura inspirada. Es la autoridad final, una autoridad segura.

Según Mateo 6.24, no podemos servir a dos señores. O nos someteremos a Dios como nuestro Señor como la autoridad final, o nos someteremos a nuestros propios deseos (nuestras experiencias) como la autoridad final. Segunda de Pedro 1.18-21 dice claramente que la autoridad “más segura” es la de la Escritura inspirada de Dios, no la experiencia (ni siquiera la de Pedro, Juan y Jacobo cuando vieron a Cristo en Su gloria y oyeron a la voz audible de Dios Padre). Con esta verdad en mente, veamos lo que la Biblia dice acerca de estas dos diferentes fuentes de autoridad que hay en nuestras vidas. Primero, vamos a analizar la experiencia como una fuente de autoridad y luego veremos la Escritura inspirada como otra fuente. Al final vamos a llevar todo este conocimiento a una aplicación muy práctica para nuestras vidas hoy en día en la Iglesia.

LA AUTORIDAD EQUIVOCADA DE LA EXPERIENCIA

Hay camino que al hombre le parece derecho; Pero su fin es camino de muerte. [Prov 14.12]

Si la experiencia de uno es una fuente válida de autoridad, todo queda sujeto al parecer del individuo. La Biblia dice que esta es una posición bastante peligrosa porque lo que nos parece a nosotros, no es muy saludable (es “camino de muerte”). Veamos un par de ejemplos de la Escritura que destacan el peligro que uno corre cuando acepta la experiencia propia como la autoridad final en su vida. Después, veremos un otros ejemplos de la historia del movimiento Pentecostal para ver cómo se ve la autoridad de la experiencia en el mundo real.

Ejemplos de la Escritura

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? ... Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. [Gen 3.1-6]

Esta es la primera vez que un ser humano fue engañado por el diablo y el error se trata de elevar la experiencia y la percepción de uno (el ser humano) por encima de lo que dice la Palabra de Dios. Dios había dicho claramente cual era Su provisión y cuales eran las prohibiciones en Génesis 2.16-17. De todo árbol del huerto de Edén podían comer, salvo de uno: el árbol de la ciencia del bien y del mal. En Génesis 3, Satanás puso en duda lo que Dios había dicho haciéndole a Eva una pregunta acerca de no comer de todo árbol del huerto. Al fin y al cabo, Eva dejó la autoridad final y clara de las palabras de Dios para seguir lo que bien le parecía. Entonces, a pesar de lo que Dios dijo, a ella le pareció que el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal era bueno, agradable y codiciable. Al escoger su propia experiencia (lo que ella observaba, sentía y pensaba) como una autoridad final sobre la cual actuaría, ella se desvió del plan de Dios y pecó. Hemos de entender que el deseo del diablo no ha cambiado desde entonces. Él quiere que aceptemos cualquier autoridad que sea si no es la de la Palabra de Dios.

Vemos este mismo patrón de una autoridad equivocada a través de toda la historia registrada en la Biblia. Un buen ejemplo es el Libro de Jueces, porque durante este periodo los israelitas escogían la autoridad equivocada de su propio parecer en vez de la Escritura.

En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía. [Juec 21.25]

Con una simple lectura del Libro de Jueces, podemos darnos cuenta de la destrucción que esta decisión causó en la nación de Israel. Los judíos se metieron en apostasía (Juec 2.10), idolatría (Juec 2.11), perversiones sexuales (Juec 19.22), violaciones (Juec 19.25), homicidio (Juec 19.26-29) y aun sacrificios humanos (Juec 11.30-31; 34-39). Sin una autoridad final e imparcial, todo termina en anarquía con cada cual haciendo lo que bien le parece.

Los ejemplos en la Escritura abundan. Saúl perdió el reino siguiendo su propio parecer en vez de la Palabra de Dios (1Sam 15.1-3, 9, 22-23, 28). David causó la muerte de Uza cuando empezó a llevar el arca de Dios a Jerusalén conforme a su propio parecer y no según lo escrito en la ley de Moisés (2Sam 6.1-7; 1Cron 15.1-15). Podríamos sacar el tiempo y el espacio para estudiar estos casos, pero no es necesario. Que los dos ejemplos de arriba—Eva y el Libro de Jueces—basten por ahora para ilustrar el principio de la autoridad equivocada de la experiencia. Ahora, ¿cómo se ve esto en la actualidad—en las iglesias de nuestros días que no aceptan la autoridad final de la Biblia?

Ejemplos de la historia

Uno de los ejemplos más ilustrativos de escoger la autoridad de la propia experiencia en vez de la de la Escritura es la cuestión de lenguas durante los primeros años del comienzo del movimiento Pentecostal. En el año 1901 una mujer llamada Agnes Ozman de Topeka, Kansas, de los Estados Unidos, supuestamente recibió “el bautismo con el Espíritu Santo” (como si fuera una experiencia mística y rara después de la salvación; la Biblia no enseña esto: 1Cor 12.13; Rom 8.9). Esta experiencia de Agnes Ozma señala el comienzo del movimiento Pentecostal que conocemos hoy en día (vea el capítulo 4 de este libro para más detalles sobre esta historia). Acerca de este evento, Vinson Synan, historiador del movimiento Pentecostal, dice lo siguiente en su libro The Century of the Holy Spirit (El siglo del Espíritu Santo).

Luego alegaban que durante estas reuniones los estudiantes [incluyendo a Agnes Ozman] hablaban en 21 idiomas conocidos incluyendo sueca, ruso, búlgaro, japonés, noruego, francés, húngaro, italiano y español. Según Parham [el líder de los estudiantes] ninguno de sus alumnos había estudiado ninguno de estos idiomas... Parham empezó inmediatamente a enseñar que los misioneros cristianos no tendrían más necesidad de entrenamiento de idiomas. Sólo necesitaban recibir el bautismo con el Espíritu Santo y por milagro podrían hablar en cualquier idioma que fuera necesario. [The Century of the Holy Spirit, Vinson Synan, Thomas Nelson Publishers, 2001, p44. Traducción y comentario por este autor.]

No obstante, a pesar de lo que pretendían al principio, la realidad en el campo misionero fue bastante diferente. Synan cuenta la historia de la experiencia de los primeros misioneros Pentecostales en el mismo libro.

Los Pentecostales declararon que el Espíritu equiparía a un nuevo tipo de misionero dándole idiomas conocidos pero no aprendidos para que él pudiera brincar los años de estudios formales y empezar a predicar inmediatamente al llegar a su destinación. **No obstante, otro entendimiento del hablar en lenguas prevalecería...** [The Century of the Holy Spirit, Vinson Synan, Thomas Nelson Publishers, 2001, p71. Traducción por este autor.]

Aun cuando descubrieron que hablar en lenguas representaba la oración en el Espíritu en vez de una verdadera habilidad lingüística, **aceptaron la transición sin ningún problema** puesto que **todos compartían la misma experiencia** de lenguas que había avivado el fuego de celo en los discípulos el día de Pentecostés. [The Century of the Holy Spirit, Vinson Synan, Thomas Nelson Publishers, 2001, p81. Traducción por este autor.]

Así que, al principio la experiencia de lenguas era supuestamente una de idiomas conocidos en el mundo pero no aprendidos por los que los hablaban. Los primeros Pentecostales juntaron su experiencia con la de Hechos 2 durante el día de Pentecostés cuando los 11 Apóstoles hicieron lo mismo, y por esto dijeron que su experiencia era genuina y bíblica (tenía base de autoridad en la Escritura). Sin embargo, cuando llegaron al campo misionero en el extranjero, se dieron cuenta de que sus “lenguas” no eran idiomas verdaderos y conocidos, sino el hablar incoherentemente. En vez de reconocer el error de su experiencia a la luz de la Escritura (porque los Apóstoles hablaron en idiomas conocidos pero no aprendidos; Hech 2.11), echaron por la borda la autoridad de la Biblia—la Palabra escrita de Dios—y aceptaron la experiencia como su autoridad final. Dijeron que sus lenguas incomprensibles eran algún tipo de “oración en el Espíritu” (algo contrario a lo que dice la Biblia; Rom 8.26) y llamaron su equivocación una “transición”. Creo que una manera más honesta de explicar lo que hicieron sería decir que se dieron cuenta de que no estaban hablando en lenguas bíblicas, y en vez de arrepentirse de su error (su pecado: Rom 10.17; 14.23), aceptaron su experiencia como la autoridad final y por lo tanto buscaron cómo explicar el fenómeno de una manera “cristiana”. Así que, lo tildaron “oración en el Espíritu” y se quedaron con su experiencia “espiritual” pero no bíblica.

Considere lo que el autor cristiano David Cloud dice acerca de este asunto de la autoridad de la experiencia en el movimiento Pentecostal.

Quizá la raíz del error de la confusión de los Pentecostales y carismáticos es poner la experiencia por encima de la Palabra de Dios. Muy pocos reconocerán que esto es lo que están haciendo, pero los ejemplos abundan.

La Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo no se estableció únicamente por lo que decía la Biblia, sino por una supuesta visión (una experiencia) de su fundador. La Iglesia del Dios de Profecía también su fundó por una visión, una experiencia. Así es la historia de Youth With A Mission [YWAM; Juventud con una misión] e incontables otras organizaciones carismáticas [y Pentecostales]. Yo he recibido tal vez centenares de cartas a través de los años de personas tratando de convencerme de la verdad del movimiento Pentecostal-carismático. Casi siempre me cuentan acerca de su experiencia. Las mujeres predicadoras Pentecostales me cuentan acerca de cómo saben que son llamadas a predicar, a pesar de lo que la Biblia dice claramente (1Timoteo 2.12), y se debe a sus supuestas experiencias con Dios. Dios les habló; Dios les animó; Dios las guió. Todo se trata de una experiencia. Durante nuestra obra misionera en Nepal yo conocí a un pastor que tenía tres esposas. Él era dueño de tres propiedades y tenía a sus tres esposas con sus niños ubicados en los tres lugares diferentes. Él vivía la mayoría del tiempo con la más joven y visitaba a las otras dos de vez en cuando. Cuando yo lo confronté con que las normas bíblicas de Dios prohibían que él fuera pastor (1Timoteo 3.2), él sostenía vehementemente que Dios lo había llamado por medio de una visión y que no tenía ninguna intención de salir del pastorado. [From Azusa to Pensacola: The History of the Pentecostal-Charismatic Movement, Way of Life Literature, 2002, p152. Traducción por este autor.]

No es una experiencia, a pesar de qué tan rara o milagrosa que parezca, que determina si algo es la verdad o no. Sólo hay una cosa que podrá determinar si algo es la verdad: la Biblia. Si no aceptamos la autoridad final de lo que la Biblia dice clara y literalmente en su debido contexto porque queremos seguir con nuestra experiencia, la Biblia dice que somos necios y que acabaremos en el engaño, el error y el pecado.

El camino del necio es derecho en su opinión; Mas el que obedece al consejo es sabio. [Prov 12.15]

Pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros. [Sal 119.24]

No seamos necios, entonces, siguiendo nuestro propio parecer y opinión (la experiencia). Sigamos el consejo de la Palabra de Dios, la luz que nos guía en este mundo de oscuridad.

Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino. [Sal 119.105]

Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones. [2Ped 1.19]

LA AUTORIDAD FINAL DE LA ESCRITURA

La definición de “Escritura”

En 2Pedro 1.19, hemos visto el Apóstol dice que tiene una autoridad “más segura” que la voz audible de Dios, más segura que una visión de Dios y más segura que su propia experiencia—lo que él experimentó con sus propios ojos y oídos en el monte de la transfiguración. Esta autoridad más segura que la experiencia se llama “la palabra profética” en el mismo versículo 19 y la Escritura en los dos versículos que siguen (2Ped 1.20-21). Si la Escritura, entonces, es la autoridad final y más segura que cualquier experiencia, ¿qué es? ¿Qué es la Escritura y dónde podemos conseguir una copia de ella—nuestra autoridad final?

La Escritura es el conjunto de los 39 libros del Antiguo Testamento y de los 27 del Nuevo. Cristo Jesús llama los libros del Antiguo Testamento “Escritura” en Lucas 24.44-45 y podemos ver una referencia a los libros del Nuevo Testamento siendo de igual autoridad en 2Pedro 3.15-16 (ahí se llaman “Escritura” también). Así que, la Escritura es el conjunto del Antiguo Testamento y el Nuevo.

La primera mención de la palabra “escritura” en la Biblia nos muestra unos principios importantes acerca de la autoridad de la Biblia hoy en día.

Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas. [Exod 32.16]

Las tablas que se mencionan en este versículo son las tablas que contenían los diez mandamientos que Dios dio a Moisés. En Éxodo 31.18 dice que eran “tablas de piedra escritas con el dedo de Dios”. En esta primera mención de la palabra “escritura” en la Biblia, entonces, podemos ver el principio primordial de la autoridad final de la Biblia: la Escritura es el conjunto de las palabras que Dios escribió para comunicarse con los hombres y darles instrucciones acerca de cómo vivir según Su buena y perfecta voluntad. Es por esto que la Escritura se llama también la Palabra de Dios—es Su Palabra, no la de ningún hombre.

El segundo principio que debemos destacar acerca de la Escritura es que el término (“Escritura”) no se refiere a los originales que obviamente ya se perdieron. Retomando el contexto de Moisés y los diez mandamientos, ¿qué pasó con las “tablas originales” que Dios escribió con Su propio dedo?

Y aconteció que cuando él llegó al campamento, y vio el becerro y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte. [Exod 32.19]

Los originales de la Escritura se destruyeron. Entonces, ¿se perdió “la Escritura” simplemente porque los originales no existen? No, de ninguna manera. Dios puede escribir las mismas palabras a través de los hombres.

Y Jehová dijo a Moisés: **Escribe tú estas palabras**; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel. Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y **escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos**. [Exod 34.27-28]

Así que, tenemos que entender que cuando Dios escribe Su palabras a través de un hombre (lo que se llama “la inspiración”), estas palabras quedan como si fueran escritas por el mismo Señor. Vemos esto en que, aunque Moisés escribió la segunda copia de los diez mandamientos (Exod 34.27-28), Dios dice que Él las escribió.

Y Jehová dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y **escribiré sobre esas tablas las palabras** que estaban en las tablas primeras que quebraste. [Exod 34.1; ver también: Deut 10.1-5]

La Escritura, entonces, es el conjunto de copias y traducciones de los originales que uno puede conseguir, tener en su mano, leer, estudiar, citar y enseñar a otros. Vea esta verdad en 2Timoteo 3.15-17.

Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. [2Tim 3.15-17]

Timoteo tenía una copia de las Sagradas Escrituras desde su niñez. Obviamente no tenía “los originales” sino copias y traducciones de ellos. Dios llama estas copias que uno puede leer en su propio idioma “Escritura” que es “inspirada por Dios”. Este es el uso de la palabra “Escritura” que vemos a través de ambos Testamentos. La Escritura es algo que uno puede tener en la mano y leer.

Jesús les dijo: ¿Nunca **leísteis en las Escrituras**...? [Mat 21.42]

¿Ni aun esta **escritura habéis leído**...? [Mar 12.10]

El pasaje de **la Escritura que leía** era este: Como oveja a la muerte fue llevado... Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando **desde esta escritura**, le anunció el evangelio de Jesús. [Hech 8.32-35]

La Biblia dice que la Escritura es también algo que uno puede ignorar. Cristo les regañó a los líderes de Israel por su ignorancia de las Escrituras. Por lo tanto, ellos tenían que tener acceso a la Escritura, pero no lo aprovechaban para conocerla (no habría sido justo regañarles por su ignorancia de algo al cual no tenían acceso).

Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, **ignorando las Escrituras** y el poder de Dios. [Mat 22.29]

Entonces respondiendo Jesús, les dijo: ¿No erráis por esto, porque **ignoráis las Escrituras**, y el poder de Dios? [Mar 12.24]

La Escritura es también algo que podemos escudriñar (examinar, inquirir y averiguar cuidadosamente), entonces tiene que ser algo que podemos conseguir, leer, estudiar y entender en nuestro propio idioma.

Escudriñad las Escrituras... [Juan 5.39]

Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, **escudriñando cada día las Escrituras** para ver si estas cosas eran así. [Hech 17.11]

Además, la Escritura es algo que uno puede declarar, exponer y usar para demostrar que Jesús es el Cristo.

Declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo. [Hech 17.3]

Porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, **demonstrando por las Escrituras** que Jesús era el Cristo. [Hech 18.28]

El término “Escritura” no se refiere a los originales perdidos sino a la Biblia—las copias y traducciones que uno puede conseguir, tener en su mano, leer, estudiar y enseñar a otros. Por esto, a través de los Evangelios siempre vemos a Cristo diciendo “está escrito” y no “estaba escrito” cuando se refiere a la Palabra de Dios. Lo que “está escrito” (la Palabra de Dios que uno puede leer y citar en su propio idioma) es la autoridad final porque es “la Escritura”.

Además, la Biblia dice que la Escritura es todo lo que necesitamos para llegar a ser y hacer todo lo que Dios quiere. No necesitamos más. No tenemos que agregar nuestras experiencias a la autoridad de la Biblia. La Palabra escrita de Dios es suficiente. En 2Timoteo 3.15-17 (el pasaje que vimos arriba), Dios dice que la Escritura es todo lo que el hombre de Dios necesita para que “sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. ¿Por qué será que un cristiano necesita una experiencia especial, mística o rara para llegar a ser y hacer todo lo que el Señor quiere? ¡No la necesita! La Biblia es suficiente. Pedro dice lo mismo pero en otras palabras.

Como **todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad** nos han sido dadas por su divino poder, **mediante el conocimiento de aquel** que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; [2Ped 1.3-4]

En la Escritura (la Biblia) encontramos el conocimiento de Aquel que nos llamó, Dios. Pedro dice que tal conocimiento es suficiente para darnos todo lo que necesitamos para la vida y para la piedad. Otra vez tenemos que preguntarnos: ¿Qué más necesitamos? ¡Nada! La Biblia es suficiente.

La última cosa que queremos ver en esta sección es que la Escritura es igual a Dios. O sea, si la Escritura “dice” algo, es lo mismo que si fuera Dios mismo diciéndolo. En Romanos 9.7, Pablo dice que la Escritura dijo algo a Faraón, pero cuando analizamos el pasaje que el Apóstol está citando, vemos que fue Dios, no la Biblia, se lo dijo a Faraón.

Porque **la Escritura dice** a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en tí mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. [Rom 9.17]

Entonces **Jehová dijo** a Moisés: Levántate de mañana, y ponte delante de Faraón, y dile: Jehová, el Dios de los hebreos, dice así... yo te he puesto para mostrar en tí mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra. 1 [Exod 9.13-16]

Vemos lo mismo en Gálatas 3.8 cuando dice que la Escritura previó algo y dio la promesa a Abraham. La promesa que se menciona es la de Génesis 12.1-3, y Dios, no la Biblia, se la dio a Abraham.

Y **la Escritura**, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. [Gal 3.8]

Pero **Jehová** había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. [Gen 12.1-3]

La Escritura es la Palabra de Dios porque contiene las palabras de Dios. Al leer la Escritura, debemos entender que estamos leyendo lo que Dios (personalmente) nos está diciendo. Esto se debe a la “inspiración” de la Escritura y puesto que la inspiración es la base de la autoridad final de la Palabra de Dios, hemos de entender exactamente lo que es y lo que implica para nosotros.

La autoridad de la Escritura

La autoridad de la Escritura se halla en su inspiración y su preservación. Aunque, al final de cuentas, hay muy poca diferencia entre los dos términos (inspiración y preservación), pero por motivo de aprendizaje vamos a analizarlos aparte para llegar a una conclusión práctica después.

La inspiración de la Escritura

El término “inspiración” se refiere al control sobrenatural de Dios en la creación, la producción y la preservación de los dos Testamentos.

Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. [2Ped 1.20-21]

La profecía de la Escritura—lo que ella dice, predica, enseña, etc.—fue traída por medio de los santos hombres de Dios que hablaron “siendo inspirados” por el Espíritu Santo. En algunos casos un santo hombre hablaba y otro escribió sus palabras que fueron inspiradas por el Espíritu de Dios. Jeremías sirve de ejemplo de esto.

Preguntaron luego a Baruc, diciendo: Cuéntanos ahora cómo escribiste de boca de Jeremías todas estas palabras. Y Baruc les dijo: El me dictaba de su boca todas estas palabras, y yo escribía con tinta en el libro. [Jer 36.17-18]

Otros santos hombres “hablaron” a través de lo que escribieron. Pedro dice que Pablo “habló” en las epístolas que escribió bajo la inspiración del Espíritu de Dios.

Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano **Pablo**, según la sabiduría que le ha sido dada, **os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas** de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. [2Ped 3.15-16]

Por estos últimos dos pasajes podemos entender, entonces, que la palabra “hablaron” en 2Pedro 1.21 se puede referir a la palabra escrita o la hablada por el santo hombre inspirado por Dios. Esto es exactamente lo que vemos en otros pasajes claves que, cuando los comparamos con 2Pedro 1.20-21, nos aclaran la definición de la inspiración.

Varones hermanos, era necesario que se cumpliese **la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David** acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús. [Hech 1.16]

Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: **Soberano Señor**, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, que **por boca de David tu siervo dijiste**: ¿Por qué se amotinan las gentes, Y los pueblos piensan cosas vanas? [Hech 4.24-25]

Porque **el mismo David dijo por el Espíritu Santo**: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies. [Mar 12.36]

La inspiración, entonces, se refiere al Espíritu Santo hablando por boca (o pluma) de un ser humano—los “santos hombres” que llegaron a ser los autores humanos de la Biblia. La Escritura inspirada es lo que el Señor ha dicho por medio de Su profeta (cualquiera de los autores humanos de los 66 libros de la Biblia).

Todo esto aconteció para que se cumpliese **lo dicho por el Señor por medio del profeta**, cuando dijo... [Mat 1.22]

Y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese **lo que dijo el Señor por medio del profeta**, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo. [Mat 2.15]

Por ejemplo, en Éxodo 20.1 Dios habló todas las palabras que Moisés escribió luego en Éxodo 24.4.

Y habló Dios todas estas palabras, diciendo... [Exod 20.1]

Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. [Exod 24.4]

David también sirve de buen ejemplo porque el Espíritu de Jehová habló por la lengua de él.

El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, Y su palabra ha estado en mi lengua. [2Sam 23.2]

Es importante entender que Dios no “poseyó” a los autores humanos para inspirar la Escritura. Vemos esto en los varios diferentes estilos de escribir en los libros de la Biblia, todos los cuales son inspirados por Dios. Pablo escribió con un estilo muy diferente del de Pedro, y los escritos de David (como los Salmos) son diferentes en estilo de los de su hijo, Salomón (por ejemplo: Proverbios y Eclesiastés). Entonces, la inspiración de la Escritura no se refiere a un proceso “mecánico”—Dios dictando cada palabra de la Biblia sin que el autor humano hiciera nada más que apuntar lo que el Señor decía. Muchos de los santos hombres inspirados por el mismo Espíritu dijeron lo mismo pero de maneras (estilos) muy diferentes.

Sin embargo, cada palabra en la Escritura es la que Dios quiere.

Lo cual también hablamos, no con **palabras** enseñadas por sabiduría humana, sino con **las que enseña el Espíritu**, acomodando lo espiritual a lo espiritual. [1Cor 2.13]

Puesto que el Espíritu nos enseña las palabras individuales de Dios—y no sólo “la Palabra” (el mensaje general)—, es claro que la inspiración de la Biblia (el control de Dios sobre la producción de la Escritura) llega también hasta cada palabra individual. Es por esto que vemos declaraciones en la Escritura acerca de la certidumbre de las palabras de Dios (las individuales).

Para hacerte saber la certidumbre de las palabras de verdad... [Prov 22.21]

Toda palabra de Dios es limpia; El es escudo a los que en él esperan. [Prov 30.5]

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. [Mat 24.35]

A pesar de que la inspiración no se refiere a proceso “mecánico”, a veces los autores humanos escribieron cosas que simplemente no entendían. El Espíritu Santo inspiró muchas profecías que los mismos profetas no podían entender.

Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. [1Ped 1.10-11]

Daniel escribió mucho que nadie entendió hasta que Dios nos dio el Libro de Apocalipsis.

Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará. [Dan 12.4]

Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas? El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. [Dan 12.8-9]

Dios no “dictó” las palabras de la Escritura a los autores humanos de una manera mecánica, pero a veces los movió a escribir cosas que no entendieron.

La Escritura, entonces, no es una obra humana (hecha por la voluntad del hombre) sino de Dios (hecha por la voluntad del Señor). Por lo tanto, no puede haber errores en ella porque Dios es perfecto y la Escritura es el conjunto de Sus palabras. Además, puesto que Dios es el único Soberano, la Escritura inspirada (el Libro que contiene las palabras del Señor) es la autoridad final.

Esta inspiración de la Escritura no sólo tiene que ver con los escritos originales—los escritos de los santos hombres que hablaron (y escribieron) siendo inspirados por el Espíritu Santo. Como hemos visto arriba, 2Timoteo 3.15-17 dice que toda la Escritura—aun las copias y traducciones que Timoteo tenía desde su niñez—es inspirada. Tanto los originales como las copias que Timoteo tenía, leía, estudiaba y citaba eran inspiradas. Esta “inspiración de las copias” se refiere a la “preservación” de la Escritura.

La preservación de la Escritura

Es lógico y razonable que si Dios inspiró algo, lo preservaría después. ¿Qué sentido tiene la inspiración si no se preserva lo inspirado? No tiene sentido inspirar algo sólo para dejarlo perderse después. Por esto vemos que Dios prometió preservar la Escritura que inspiró.

5 Por la opresión de **los pobres**, por el gemido de los menesterosos, Ahora me levantaré, dice Jehová; Pondré en salvo al que por ello suspira.

6 **Las palabras de Jehová** son palabras limpias, Como plata refinada en horno de tierra, Purificada siete veces.

7 Tú, Jehová, **los guardarás**; De esta generación **los preservarás para siempre**. [Sal 12.5-7]

En este pasaje de Salmo 12, Dios promete preservar dos cosas. El versículo 7 dice que Él “los” guardará y que “los” preservará para siempre. ¿A qué se refiere con el pronombre “los” en este versículo? Se refiere, en primer lugar, a la gente de Dios, a “los” pobres y menesterosos del versículo 5. En segundo lugar, se refiere también a “las” palabras de Dios en el versículo 6. El contexto cercano del pronombre “los” en el versículo 7 exige que el pronombre se refiera a “las” palabras del versículo 6. Pero si fuera únicamente las palabras que Dios preservaría, se usaría el pronombre “las” y no “los”. Por lo tanto, tenemos que incluir “los” pobres y menesterosos del versículo 5 en la preservación divina también. Dios preservará a Su pueblo (v5) y también Sus palabras (v6). Fíjese también en que Dios prometió preservar Sus “palabras” para siempre. No dice “Palabra” como si fuera un mensaje general que Dios preservaría, sino “palabras” porque la promesa divina en Salmo 12.7 se trata de cada palabra individual de la Escritura. Cristo Jesús, durante Su primera venida, dijo lo mismo acerca de la certeza de la palabras de la Escritura (note en el siguiente versículo que el Señor usa “palabras” y no “palabra”).

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. [Mat 24.35]

Las palabras individuales de Dios no pasarán, aun cuando el cielo y la tierra pasen. Dios preservará Sus palabras para siempre.

Así que, la Escritura es el conjunto de las palabras inspiradas por Dios y preservadas por Él a través de la historia por medio de copias y traducciones. Por tanto, la Escritura (las palabras de Dios preservadas en la traducción de la Escritura que podemos comprar, leer, estudiar y citar) es la autoridad final para nuestras vidas. Debido a la inspiración y la preservación de las palabras de Dios, la Escritura es igual a Dios. O sea, si la Escritura “dice” algo, es lo mismo que si fuera Dios mismo diciéndolo. Al leer la Escritura, debemos entender que estamos leyendo lo que Dios nos está diciendo personalmente.

La autoridad de la Escritura inspirada y preservada

Vemos referencias a la autoridad de la Escritura tanto en el ministerio de Jesucristo como el de Sus seguidores. El Señor pasó los tres años y medio de Su ministerio público exponiendo las Escrituras del Antiguo Testamento. Su ministerio se basó únicamente en la autoridad de las copias de la Escritura que existían en Sus días y que la gente podía obtener, leer, estudiar y citar. Por esto, en los Evangelios siempre vemos al Señor refiriéndose a lo que “está” escrito (no a lo que “estaba” escrito) en la Palabra de Dios, desde el comienzo en el desierto con el “¡Escrito está!” que tenía para el diablo, hasta el final cuando les dio a Sus discípulos un entendimiento sobrenatural de lo que “está escrito” en Moisés, los Profetas y los Salmos.

Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que **está escrito** de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen **las Escrituras**. [Luc 24.44-45]

En el contexto de esta última referencia, es importante observar que Cristo reprendió a algunos de Sus seguidores por su tardanza en creer la Escritura. O sea, les reprendió porque no aceptaron la autoridad absoluta de lo que “está escrito” en la Escritura.

Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! [Luc 24.25]

Cristo Jesús creía en la autoridad final de la Escritura—las copias y traducciones de los escritos originales. Él nunca recurrió a ninguna otra autoridad (como la experiencia), aun cuando Él era (y es) Dios en la carne.

El testimonio de los Apóstoles y seguidores de Cristo es igual. La costumbre de Pablo era la de declarar y exponer la Escritura—todo el consejo de Dios.

Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, **declarando y exponiendo por medio de las Escrituras**, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo. [Hech 17.2-3]

Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. [Hech 20.27]

Pablo tenía la Escritura en sus manos y la declaraba y la exponía como la autoridad para todos. Él, por supuesto, recibió revelaciones directas de Dios. El Señor le habló y le inspiró, y Pablo escribió por lo menos 13 (si no 14: el Libro de Hebreos) de los libros del Nuevo Testamento (Gal 1.11-12; Ef 3.1-3). Es importante observar lo que él dijo acerca de cómo nosotros podemos entender esta revelación que Dios le dio. No es por una experiencia (como, por ejemplo, más revelación directa) sino por leer—“leyendo lo cual” (leyendo lo que Pablo escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo).

Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, **leyendo lo cual podéis entender** cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo. [Ef 3.3-4]

Los escritos de Pablo son las palabras inspiradas y preservadas de Dios. Son “Escritura” igual que los libros del Antiguo Testamento (2Ped 3.15-16). ¡Por esto hemos de leerlos! Son nuestra autoridad final porque son las palabras de Dios—las que Él registró en la Escritura a través del santo hombre, Pablo.

El Apóstol Pedro también testifica de la autoridad final de la Escritura. Él dijo que era más confiable (de más autoridad) que la voz audible de Dios (2Ped 1.17-21). Esto incluye el Antiguo Testamento y también el Nuevo (como por ejemplo, los escritos de Pablo; 2Ped 3.15-16). Igual que Pablo (2Tim 3.16-17), Pedro dijo que la Escritura era todo lo que uno necesitaba para llegar a ser y hacer lo que Dios quería (2Ped 1.3-4).

Santiago dijo que la Escritura (la Palabra de Dios) podía salvar el alma del hombre (Stg 1.21-25). El Apóstol Juan dijo que la autoridad de la Palabra de Dios era como una prueba para saber quien era de Dios y quien no.

El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. [1Jn 2.4-5]

El que no acepta la Escritura como la autoridad final es un mentiroso (1Jn 2.4). El que sí la acepta como la autoridad final, y por esto la guarda, es de Dios (1Jn 2.5). El hecho de que Juan aceptaba la autoridad final de la Escritura se ve también en su aviso de no añadir nada a ella (como nuestras experiencias, una supuesta visión, voces “de Dios”, etc.), y de no quitarle nada tampoco.

Yo testifico a todo aquel que oye **las palabras** de la profecía de este libro: **Si alguno añadiere** a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y **si alguno quitare** de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. [Apoc 22.18-19]

Judas (no Iscariote sino el autor del penúltimo libro en la Biblia) era tan convencido de la autoridad final de la Escritura (“la fe” que fue una vez dada a los santos; 1Ped 1.21) que contendía con los falsos profetas que decían lo opuesto.

Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que **contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos**. [Jud 3]

Pero vosotros, amados, **tened memoria de las palabras** que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. [Jud 17]

Si uno no quiere aceptar la Escritura (la Biblia que tiene en sus manos y lo que ella dice literalmente en su debido contexto) como la autoridad final, está fuera de los caminos de Dios. Aceptar la experiencia como una autoridad por encima de la Biblia es una gran equivocación.

La aplicación de la autoridad de la Escritura

Ya que entendemos la autoridad final de la Escritura (que es realmente Dios hablando con nosotros y por lo tanto más seguro que aun Su voz audible), ¿cómo la aplicamos? Este asunto es muy importante porque muchos quieren clamar: “¡Eso es su interpretación! Yo lo veo de una manera diferente”. Una declaración así quizá suena bien porque le da al individuo la libertad de “interpretar” la Biblia por sí mismo. Sin embargo, no es bíblico. En el pasaje base de 2Pedro 1.17-21, el Apóstol dice que “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada”. No tenemos derecho de interpretar la Biblia de maneras personales porque si lo hacemos, la Biblia deja de ser la autoridad final y nosotros llegamos a serla. Si la Escritura es la autoridad final, tiene que haber una manera de entenderla que es sin prejuicios y sin

interpretaciones. Esta manera se llama “la observación” y se aplica por medio de una pregunta: “¿Qué dice la Biblia?”

La necesidad de saber lo que la Biblia “dice” antes de llegar a una interpretación es obvia cuando uno lee la Escritura. La frase “Así ha dicho Jehová” se repite más de 300 veces y es como si Dios nos estuviera diciendo: “¡Preste atención a lo que les digo!” Recuerde que la Escritura inspirada iguala a Dios hablando, entonces no debemos torcer Sus palabras. Más bien, hemos de preguntarnos, “¿Qué dice?” para poder obedecerlo luego.

A través del resto de este libro vamos a hacernos esta pregunta continuamente. ¿Qué dice la Biblia? No queremos repararnos en lo que “yo pienso”, lo que “yo creo” o lo que “me enseñaron a mí”. Dejemos que Dios hable y diga lo que quiere decir, sin meter nuestras interpretaciones privadas en el asunto. Después de observar lo que la Biblia dice, la interpretación es obvia y por esto la aplicación será sana y buena. Pero, si uno no quiere acatar a la observación primero, quedará como los indoctos e inconstantes que Pedro menciona—los que tergiversan la Escritura para su propia perdición.

Casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales **los indoctos e inconstantes tuercen**, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. [2Ped 3.16]

Lo que queremos hacer ahora es llevar todo este conocimiento al contexto de nuestros días. Después de casi dos mil años de historia, la época de la Iglesia está por terminar con el arrebatamiento de los cristianos. ¿Qué dice la Biblia acerca de la autoridad final en los postreros días de la Iglesia?

LA AUTORIDAD FINAL EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA IGLESIA

Para entender la necesidad de la autoridad final de la Escritura, tenemos que empezar con la situación actual del cristianismo (que nos establece el contexto de los comentarios sobre la autoridad que vienen luego). Muchos cristianos están predicando y esperando un avivamiento en estos últimos días de la época de la Iglesia. Aunque este asunto es el tema del capítulo 13, es importante que lo entendamos ahora en el contexto de nuestra autoridad final. La enseñanza de un avivamiento en los postreros días viene de Hechos 2 y el mensaje del Apóstol Pedro durante el día de Pentecostés cuando él citó un pasaje de la profecía de Joel.

Recuerde lo que hemos visto acerca de la Escritura, la autoridad final, y cómo podemos aplicar este conocimiento. Cuando la Biblia dice algo es exactamente como si fuera Dios diciéndolo. Entonces, ¿qué dice Dios acerca de este “avivamiento” de “los postreros días” en Hechos 2.16-21 y Joel 2.28-32?

16 Mas esto es lo dicho por el profeta Joel:

17 Y en **los postreros días**, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños;

18 Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en **aqueños días** derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.

19 Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo;

28 Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.

29 Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en **aqueños días**.

30 Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo.

31 El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga **el día grande y**

20 El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga **el día del Señor**, grande y manifiesto;

21 Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. [Hech 2.16-21]

espantoso de Jehová.

32 Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado. [Joel 2.28-32]

Dios dice que estos “postreros días” (Hech 2.17) son “aquellos días” (Hech 2.18; Joel 2.29) justo antes del “día grande y espantoso de Jehová” (Joel 2.31)—el “día del Señor” según Hechos 2.20 (la segunda venida de Cristo). Los cristianos no vamos a estar en la tierra durante los postreros días de este tiempo, porque los dos pasajes—Hechos 2 y Joel 2—se refieren a los últimos días de la Tribulación (“aquellos días”; Mat 24)—los siete años de la semana septuagésima de Daniel (Dan 9.24-27). Tenemos que esperar hasta el capítulo 13 de este libro para ver un análisis más detallado de este asunto, sin embargo lo que necesitamos entender ahora es que la promesa de un avivamiento en los “postreros días” en Hechos 2 y Joel 2 no tiene nada que ver con la época de Iglesia y, por esto, no tiene nada que ver con nosotros, los cristianos. Si se aplica a nosotros hoy día—si se trata de un avivamiento en nuestros días—, ¿por qué no se ha derramado el Espíritu sobre toda carne (Hech 2.17; Joel 2.28)? ¿Por qué nos dicen que tenemos que orar por el bautismo del Espíritu Santo cuando estos pasajes enseñan que en los postreros tiempos Dios derramará de Su Espíritu sobre todos? ¿Por qué es que el sol no se ha convertido en tinieblas y la luna en sangre (Hech 2.20; Joel 2.31)? La respuesta a todas estas preguntas es fácil: el pasaje no se trata de la época de la Iglesia sino de los últimos días de la Tribulación, justo antes de la segunda venida de Cristo.

¿Cuáles son, entonces, las promesas que Dios nos ha dado a los cristianos con respecto a los postreros días de la época de la Iglesia? Bueno, para contestar esta pregunta, hagámonos otra: ¿Qué dice la Biblia? (Recuerde que la manera de aplicar la autoridad de la escritura es a través de la observación, no la interpretación.) ¿Qué dicen los escritos de Pablo, el Apóstol de la Iglesia y de los gentiles (o sea, el nuestro; Hech 22.21; 26.17; Rom 11.13; 15.16-19; Gal 1.16; 2.6-9; Ef 3.8; 1Tim 2.7; 2Tim 1.11)?

Pero el Espíritu dice claramente que **en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe**, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. [1Tim 4.1]

También debes saber esto: que **en los postreros días** vendrán tiempos peligrosos. [2Tim 3.1]

Porque **vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina**, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. [2Tim 4.3-4]

Nadie os engañe en ninguna manera; porque **no vendrá sin que antes venga la apostasía**, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición. [2Tes 2.3]

El último versículo es de mucho interés para nosotros ahora en el contexto de este estudio sobre la autoridad final de la Escritura (y la autoridad equivocada de la experiencia personal de uno) en la actualidad. Segunda de Tesalonicenses capítulo 2 es un pasaje de plena mención y por lo tanto nos da muchos detalles acerca de un tema bíblico: el Anticristo que está por venir durante el tiempo de la Tribulación (los siete años después de la época de la Iglesia y antes de la segunda venida de Cristo). Aunque es obvio que la Iglesia no va a estar en la tierra durante este tiempo—Cristo nos arrebatará antes (1Tes 4.13-18; 5.9 con 1.10 y Rom 5.9)—, 2Tesalonicenses capítulo 2 nos muestra cómo serán los días justo antes de la venida del Anticristo, los postreros días de la Iglesia. Empecemos con los primeros versículos del capítulo para agarrar bien el contexto.

¹ Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos,

2 que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca.

3 Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición. [2Tes 2.1-3]

En el versículo 1 Pablo menciona el arrebatamiento de la Iglesia—“nuestra reunión” con el Señor (1Tes 4.13-18; 1Cor 15.51-58)—y también la venida de nuestro Señor Jesucristo a la tierra—la segunda y gloriosa venida (Apoc 19.11-21). Este último día es el que se menciona otra vez en el versículo 2 como “el día del Señor”. Aparentemente alguien había llegado a Tesalónica con una falsa enseñanza de que ya había pasado el arrebatamiento y que los cristianos estaban en la Tribulación esperando la segunda venida. Pablo explica, entonces, en el versículo 3 que no puede ser así porque ciertas cosas tienen que suceder primero, antes de que venga el día del Señor—la segunda venida de Cristo. Las dos cosas que sucederán antes son la apostasía y la manifestación del Anticristo, el hombre de pecado e hijo de perdición. En los versículos 7 y 8 de este mismo capítulo, vemos cuando se manifestará este Anticristo.

7 Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio.

8 Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida. [2Tes 2.7-8]

El Anticristo llegará a la escena después del arrebatamiento de la Iglesia. En el versículo 7, el que detiene ahora el misterio de la iniquidad (la obra de Satanás y últimamente la llegada del Anticristo) es el Espíritu Santo presente en los cristianos (Isa 59.19; Juan 16.7-11; 1Jn 4.4). Cuando nos vamos en el arrebatamiento, la iniquidad se desencadenará y el Anticristo se manifestará. Entonces, no esperamos la llegada de él como una señal de la cercanía de nuestro éxodo del mundo porque saldremos primero, antes de que él se revele. Sin embargo, es diferente con la apostasía.

Como ya hemos visto, nuestro Apóstol Pablo dijo que los postreros días de la Iglesia serían de apostasía (1Tim 4.1; 2Tim 3.1-8; 4.3-4). Es la misma apostasía que él menciona también aquí, en 2Tesalonicenses 2.3—una apostasía que irá de mal en peor al final de la época de Iglesia y también después de nuestro arrebatamiento.

Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. [2Tim 3.13]

He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. [Amós 8.11]

Después de todo esto, llegamos al final de 2Tesalonicenses 2 en donde vemos un gran peligro que uno corre hoy en día si no quiere aceptar la autoridad final de la Palabra de Dios.

9 Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos,

10 y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto **no recibieron el amor de la verdad** para ser salvos.

11 Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira,

12 a fin de que sean condenados todos los que **no creyeron a la verdad**, sino que se complacieron en la injusticia. [2Tes 2.9-12]

Cuando el “inicuo”, el Anticristo, llega a la escena, él engañará a todos los moradores de la tierra con su gran poder y señales y prodigios mentirosos (v9). Los que caen en su trampa de engaño son los que, según el versículo 10, no reciben el amor de la verdad para ser salvos. La verdad, según la Biblia, es Jesús (Juan 14.6) y también la Palabra de Dios.

Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. [Juan 17.17]

Los que no quieren aceptar la autoridad final de la Biblia se engañan y podrían ser condenados porque “no creyeron la verdad” (2Tes 2.11-12). Si alguien no acepta la autoridad final de la Biblia, está abierto al engaño satánico de la experiencia. En vez de juzgarlo todo, incluyendo sus experiencias, por la Biblia (como los de Berea que escudriñaron las Escrituras para ver si era la verdad o no; Hech 17.11), juzga la Biblia por sus experiencias diciendo cosas como, “No me importa lo que dice la Biblia, yo sé lo que me pasó”. Este problema es serio porque, según lo que Dios dice en 2Tesalonicenses 2.9 (ver también: Mat 24.24; Mar 13.22; Apoc 13.13), Satanás puede falsificar sus experiencias—puede hacer las mismas señales, prodigios y milagros que hicieron el Señor Jesucristo (Hech 2.22) y los Apóstoles (los 12 y Pablo; Mat 16.17-18; 2Cor 12.12; Heb 2.3-4).

El asunto de la autoridad final de la Escritura es de suma importancia. Sin creer y vivir a base de lo que la Biblia dice, uno está abierto al engaño del diablo y sus ministros, y corre el riesgo de creer un falso evangelio y seguir bajo la condenación la ira de Dios (Juan 3.18, 36). Para el estudiante de la Escritura, este peligro de un falso evangelio predicado con el engaño de señales, prodigios y milagros no es una sorpresa porque Pablo menciona tanto el uno como el otro en el mismo contexto. O sea, debemos esperar todo esto en los postreros días de la Iglesia.

Pero temo que **como la serpiente con su astucia engañó a Eva**, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque **si viene alguno predicando a otro Jesús** que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, **u otro evangelio** que el que habéis aceptado, bien lo toleráis. [2Cor 11.3-4]

Mas lo que hago, lo haré aún, para quitar la ocasión a aquellos que la desean, a fin de que en aquello en que se glorían, sean hallados semejantes a nosotros. Porque **éstos son falsos apóstoles**, obreros fraudulentos, que **se disfrazan como apóstoles de Cristo**. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras. [2Cor 11.12-15]

El falso evangelio viene a través de falso apóstoles que quiere disfrazarse “como apóstoles de Cristo”. La marca de un Apóstol de Cristo—según lo que la Escritura dice—son las cinco señales, prodigios y milagros que el Señor entregó a los 11 antes de Su ascensión (y luego a Pablo también; 2Cor 12.11-13).

Y estas señales seguirán a los que creen: **[1]** En mi nombre echarán fuera demonios; **[2]** hablarán nuevas lenguas; **[3]** tomarán en las manos serpientes, **[4]** y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; **[5]** sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. [Mar 16.17-18]

Me he hecho un necio al gloriarme; vosotros me obligasteis a ello, pues yo debía ser alabado por vosotros; porque **en nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles**, aunque nada soy. Con todo, **las señales de apóstol** han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, **por señales, prodigios y milagros**. [2Cor 12.11-12]

No se engañe por las apariencias ni por sus experiencias. No todas las señales y milagros vienen de Dios. ¿Cómo podemos saber si algo es de Dios o si es un engaño satánico? Es fácil: juzgarlo todo por lo que dice la autoridad final.

Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. [1Tes 2.13]

Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. [Hech 17.11]

CONCLUSIÓN

Lastimosamente, una de las características del movimiento Pentecostal (y el carismático también) es la tendencia de no hacerle caso a la autoridad final de la Escritura. Debido a esto la gente acepta la experiencia como una autoridad de igual o más pesa que la Biblia. Muchos juzgan la Palabra de Dios por su experiencia en vez de juzgarlo todo, incluyendo sus experiencias, por el justo juicio de la Escritura. Al terminar este capítulo, considere un mandamiento del Señor Jesucristo en este contexto de la autoridad final de la Biblia.

No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio. [Juan 7.24]

La apariencia es lo que vemos y entendemos por nuestra propia experiencia y es una autoridad equivocada. Por lo tanto, Cristo dice que debemos juzgarlo todo con “justo juicio”. Por lo que Dios dice en los siguientes versículos, es obvio que el justo juicio por el cual hemos de juzgarlo todo es la Biblia—la Palabra de Dios.

Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? [Deut 4.8]

Compañías de impíos me han rodeado, mas no me he olvidado de **tu ley**. A medianoche me levanto para alabarte por **tus justos juicios**. Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan **tus mandamientos**. [Sal 119.62]

Ya podemos entender, entonces, por qué Cristo nos dio el siguiente mandamiento.

Escudriñad las Escrituras... [Juan 5.39]

Recuerde la definición de escudriñar: “examinar, inquirir y averiguar cuidadosamente una cosa y sus circunstancias”. Escudriñamos la Escritura estudiándola y “sus circunstancias” (o sea, todo dentro de su debido contexto). Esta es la única manera de ser aprobado delante de Dios.

Procura con diligencia presentarte a Dios **aprobado**, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que **usa bien la palabra** de verdad. [2Tim 2.15]

Tenemos que vivir de toda palabra que Dios ha inspirado en la Escritura.

El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. [Mat 4.4]

Así que, no crea todo lo que viene con el nombre “cristiano”. Simplemente porque algo (o alguien) es “espiritual” no quiere decir que es del Espíritu Santo de Dios. Hay otros espíritus en las iglesias “cristianas” hoy día.

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. [1Jn 4.1]

Júzguelo todo por lo que la Biblia dice y retenga lo bueno.

Examinadlo todo; retened lo bueno. [1Tes 5.21]

Es casi increíble que dentro de un movimiento que supuestamente se enfoca en el Espíritu Santo, que casi nadie quiere hacerle caso a la autoridad de la Escritura. Digo que es casi increíble porque la obra principal del Espíritu de Dios en nuestra época es la de guiarnos a toda la verdad.

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. [Juan 16.13]

La verdad se define en el siguiente capítulo de Juan como la Palabra de Dios—la Escritura, la Biblia (es la “palabra de verdad” según 2Timoteo 2.15).

Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. [Juan 17.17]

El Espíritu nos enseña las palabras inspiradas y preservadas de Dios.

Lo cual también hablamos, no con **palabras** enseñadas por sabiduría humana, sino con **las que enseña el Espíritu**, acomodando lo espiritual a lo espiritual. [1Cor 2.13]

Así que, alguien bautizado con el Espíritu y lleno de Él (controlado por Él) aceptaría la Escritura como la autoridad final y lo juzgaría todo, incluyendo sus experiencias, por la misma. La otra cara de esta moneda es la verdad también. La persona que no hace caso a la autoridad final de la Escritura no está lleno del Espíritu Santo (controlado por Él). Está siguiendo a otro espíritu, el que engañó también a Eva y le hizo aceptar su propio parecer por encima de las palabras de Dios.

Recuerde, entonces, las palabras del Apóstol Pablo:

Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado. [Rom 14.23]

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios. [Rom 10.17]

Todo lo que no proviene de fe, es pecado. La fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. La verdadera fe de un cristiano viene de la Escritura, no de la experiencia. O sea, lo que aceptamos como “la fe” y la sana y buena doctrina, no debe venir de nuestra experiencia sino de lo que la Biblia dice. El que vive a base de sus experiencias y su propio parecer no está en la fe. Más bien está en pecado, porque todo lo que no proviene de fe, es pecado.

Puesto que la Escritura es inspirada, lo que ella dice es como si Dios mismo estuviera hablando con nosotros. Que la Biblia, entonces, y no el hombre (ni siquiera nosotros mismos) sea la autoridad final para este estudio del movimiento Pentecostal y también para nuestras vidas. Digamos con los santos hombres que fueron inspirados por el Espíritu Santo:

¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido. [Isa 8.20]

Mas ¿qué dice la Escritura? [Gal 4.30]

Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso. [Rom 3.4]